

GÁLATAS

El libro que fue escrito para “las iglesias de Galacia”, es una de cuatro grandes epístolas escritas por el apóstol Pablo. La fecha de este libro depende de cuál perspectiva se tome como la correcta, la de los que vivían al norte de Galacia o la de los que vivían al sur. De acuerdo con la perspectiva del sur (que defienden muchos estudiosos), Pablo escribió Gálatas después de su primer viaje misionero y antes del Concilio de Jerusalén. (Algunos creen que Gálatas fue escrito después del segundo viaje misionero y que lo escribió antes de que se realizara el Concilio de Jerusalén en el año 49. Si es así, el año de la epístola fue el año 48.) La epístola de Santiago (45 d.C.) es quizás el único otro libro del Nuevo Testamento que precede a Gálatas. Pablo no sólo fue un misionero sobresaliente, sino también un gran teólogo. Sus epístolas son la mayor fuente de nuestra teología cristiana. Su contribución a la propagación, organización y adoctrinamiento de la Iglesia cristiana está más allá de toda duda. Aunque hay mucha doctrina en las cartas a los corintios, la mayor parte de ella se centra en la discusión de problemas prácticos y personales. La carta más doctrinal de las epístolas paulinas es Romanos. Sin embargo, Gálatas tiene el mismo tema: la justificación por la fe. Esta carta, con buena razón, ha sido llamada el Decreto de los Derechos de la Vida Cristiana, la Carta Magna de la Libertad Cristiana y la Proclamación de Nuestra Emancipación—emancipación de toda forma de legalismo y esclavitud en la experiencia cristiana.

La ubicación de las iglesias de Galacia ha sido motivo de una larga discusión. La primera oposición que hallaron los cristianos de Galacia luego de su conversión fue la persecución de los judíos no creyentes en sus pueblos de origen. Aparentemente, vencieron los ataques por lo que Satanás cambió de estrategia usando a cristianos judíos (probablemente de Jerusalén) que confundieran con preguntas a estos jóvenes creyentes. El fin de la carta fue, entonces, advertir a los recién convertidos sobre los “judaizantes” que estaban tratando de nuevo de sujetarlos a la Ley de Moisés. Los judaizantes decían que no habían escuchado el evangelio completo. Enseñaban que la salvación venía (1) por tener fe en Cristo y, además, (2) por participar en las ceremonias judías (como, por ejemplo, la circuncisión). En

otras palabras, los gentiles de Galacia no se salvaban si no se hacían judíos también. Pablo escribió esta carta para magnificar la gracia de Dios en la salvación y para explicar la libertad del pueblo de Dios por causa de esa gracia. Los judaizantes no deseaban que los cristianos dejaran a Cristo, sino que incluyeran los rituales judíos para hacer una versión mejorada del cristianismo. Muchos de los gálatas convertidos se habían alejado de la gran doctrina paulina de la justificación y habían vuelto a caer en el sensualismo y libertinaje, bajo el disfraz de libertad cristiana. Pablo vio cuán peligroso era eso y escribe con gran fuerza para oponerse. Los falsos maestros estaban atacando su autoridad apostólica y, por tanto, la autoridad del evangelio que predicaba. Pablo escribió esta carta para magnificar la gracia de Dios en la salvación y explicarles a las personas cuál es la libertad de Dios que tenemos por ella. La carta inicia con una afirmación personal, donde Pablo explica cómo Dios lo liberó de la esclavitud por la fe en Jesucristo. Luego da una explicación doctrinal y muestra la relación entre ley y gracia. Cierra con una aplicación práctica que nos dice cómo disfrutar la gracia y la libertad en nuestra vida diaria. Nos da una serie de contrastes—la gracia frente a la ley, la fe frente a las obras, y la libertad frente al libertinaje.

La libertad cristiana es libertad para ser todo lo que se puede ser en Jesucristo, no una licencia para hacer lo que se desee. La peor esclavitud que uno puede experimentar es vivir para uno mismo cediendo a los deseos de la vieja naturaleza. Cristo no nos libertó para que fuéramos de nosotros mismos. Nos libertó para que fuéramos suyos solamente.

El contenido de los seis capítulos de Gálatas se divide en cinco secciones:

- (1) Una breve introducción a la carta (vs. 1:1-5)
- (2) Una defensa de las calidades de Pablo para ser apóstol (vs. 1:11-2:21)
- (3) una cuidadosa diferenciación entre la salvación por fe y la salvación por las obras de la Ley (vs. 3:1- 4:20)
- (4) un ejemplo para el evangelio de la libertad cristiana que se logra caminando en el Espíritu (vs. 4:21-5:26)
- (5) una última sección donde Pablo llama a los gálatas a trabajar el evangelio de libertad en sus propias vidas, vanagloriándose en la cruz y sólo en la cruz (vs. 6:1-18)

El propósito de Pablo al escribir Gálatas fue hacer una exhortación de tres partes: (1) a los gálatas por haberse apartado del evangelio; (2) a los falsos maestros por cometer grave herejía; y (3) a los que creen que Pablo “agrada a los hombres”.

Normalmente Pablo iniciaba sus cartas con un saludo, seguido de algún tipo de alabanza. En esta carta, sin embargo, no hay alabanza. Pablo es muy serio en esta carta, porque lo que los gálatas han planeado, es extremadamente peligroso y él espera detener la apostasía que ha brotado en el grupo. Los falsos maestros habían corrompido el verdadero evangelio haciéndolo algo que no era evangelio del todo. Pablo les dice que no pueden seguir un evangelio falso y estar vivos en Cristo al mismo tiempo, deben escoger una cosa o la otra. Entonces, al tiempo que los reprende porque algunos dicen que él desea “agradar a los hombres”, afirma que debe haber una razón para hacer esa acusación. En ciertas ocasiones, Pablo había seguido costumbres y rituales judíos para evitar antagonizar a los judíos no creyentes. Pero en otros momentos había reprendido a quienes seguían las ceremonias judías. Evidentemente lo habían acusado de cambiar su postura de acuerdo con las personas con quienes estuviera, a fin de ser popular en cada grupo. Sin embargo, a esta acusación Pablo respondió fuertemente que sería imposible servir a Dios con motivos tan mezclados y que su vida era una amplia prueba de su lealtad.

Los falsos maestros atacaron a Pablo y negaron su autoridad apostólica. Sin embargo, en el mismo primer versículo del capítulo uno, Pablo declara el origen divino y la autoridad de su apostolado. La respuesta de Pablo a los judaizantes de su tiempo y también a los liberales modernos de nuestros días que lo acusan de corromper el evangelio simple de Jesús con sus propias opiniones teológicas especulativas, se encuentra en Gálatas 1:11-12. Allí dice que su capacitación no lo ha llevado a este evangelio, porque si lo hubiera hecho, en realidad se habría convertido en un fiero oponente del evangelio. Fue la revelación personal de Cristo la que hizo que él se volviera completamente de sus caminos y comenzara a predicar el evangelio tal como le había sido dado.

Pablo señala que su evangelio no viene de hombres. En el capítulo dos afirma que su evangelio tiene la aprobación de los otros apóstoles. Lo ha recibido por autoridad apostólica y los demás apóstoles lo respaldan. Cuando Pablo fue al Concilio de Jerusalén (unos quince años después de su conversión), los líderes de la iglesia de Jerusalén—Santiago, Pedro y Juan—reconocieron que Dios le había encargado a Pablo evangelizar a los gentiles, así como le había encargado a Pedro evangelizar a los judíos. Pablo entonces les asesta un fuerte golpe a los judaizantes cuando narra la ocasión en que reprendió a Pedro en público por su actitud sectaria en Antioquía.

En la reunión en Jerusalén se armó una intensa discusión sobre la aceptación de Tito. Pablo había traído consigo a Tito, que era gentil y no había sido circuncidado. Dondequiera que Pablo iba en su ministerio, liberaba a las personas de los decretos, lo cual equivalía a darles una especie de carta de liberación. Les decía gentiles que no tenían que someterse a la circuncisión para ser salvos y que no estaban obligados a guardar la ley ceremonial. Sin embargo, a la reunión en Jerusalén asistieron algunos “falsos hermanos”, sin duda judaizantes, que insistieron en que Tito, particularmente, se circuncidara.

Aparentemente algunos los líderes de Jerusalén querían que Pablo cediera en este caso a fin de tener paz, pero el apóstol vio en este asunto que estaba en juego toda la libertad del evangelio: el que los hombres podían ser salvos sin volverse judíos ni someterse a las leyes ceremoniales del judaísmo. Por tanto, con paciencia Pablo impidió que Tito fuera circuncidado y la asamblea llegó a aceptar su posición. La decisión del Concilio de Jerusalén garantizó que los gentiles podían ser salvos sin ser judíos. Los apóstoles reconocían que Pablo tenía un ministerio entre los gentiles dado por Dios. Los tres apóstoles principales—Pedro, Santiago y Juan “le dieron la diestra en señal de compañerismo”. Esto implicaba algo más que una mera amistad pues selló una especie de pacto entre iguales, según el cual los apóstoles a los judíos reconocían que Pablo era un apóstol a los gentiles. Aunque eran iguales, sus ministerios iban en direcciones distintas.

Pedro fue acusado de no tener una conducta constante en Antioquía durante la fiesta de amor en la que toda la congregación se había reunido para compartir juntos los alimentos que habían traído. Comer juntos era una señal de la comunión de los primeros cristianos. Primero Pedro había tenido una rica comunión y había comido con todos los convertidos, fueran judíos o gentiles. Luego habían venido judaizantes de Jerusalén que creían que los gentiles no estaban limpios y que por eso jamás debían comer con ellos, a menos que los gentiles pasaran por los rituales necesarios para hacerse judíos. Habían presionado tanto a Pedro que finalmente éste había dejado de asistir a las fiestas de amor. Debido a esto, otros judíos también se habían retirado, entre ellos Bernabé. Pablo enfrentó firmemente este error; sin embargo, no lo hizo para empequeñecer a Pedro, sino para defender un principio fundamental. Pablo le habló fuertemente a Pedro en público, indicándole su clara falta de consecuencia: Pedro primero había comido con los gentiles, pero luego se había unido a los judaizantes que insistían en que los gentiles debían aceptar las ceremonias judías para poder ser parte de la comunidad cristiana. Para Pablo era necesario enfrentar fuertemente a aquel que era visto como el principal apóstol.

La justificación por la fe (la doctrina de la libertad) es la doctrinal principal de la epístola y Pablo la presenta poderosamente en tres partes: (1) su experiencia personal, (2) el caso de Abraham y (3) la inmadurez bajo la Ley. En primer lugar, Pablo dice que han recibido al Espíritu y que Cristo ha sido colocado delante de ellos. Reta a los gálatas con una pregunta: “¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la Ley o por el escuchar con fe?” La respuesta es obvia: por la fe. En el caso de Abraham dice: “Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia”. En el tiempo de Abraham (Génesis 15:2-6) aún no había sido dada la Ley. Sin embargo, Abraham agradó a Dios y le fue contado por justicia porque creyó en Dios, no porque observó una ley o ceremonia. Siguió la Palabra personal de Dios y confió en Él. Abraham creyó en el evangelio y que por su simiente todas las naciones serían bendecidas. La complicación de la Ley es que fue entregada por un mediador, Moisés, que también la recibió por medio de ángeles, de manera que estaba doblemente alejada de Dios. La promesa, en cambio, vino directamente de Dios. Esto coloca la promesa en un

lugar más alto que la Ley. Pablo señala, sin embargo, que las dos cosas no se contradicen. La Ley produce el sentido de culpa y la conciencia de que se necesita un castigo. Cristo es quien puede quitar la culpa y perdonar el castigo. Pablo, adelantándose a la objeción de que por tanto la Ley no tiene finalidad, muestra cuál es su propósito. No es justificar, sino describir y revelar el pecado, indicar el camino para vivir efectivamente, y ser un instrumento temporal para expiar los pecados hasta la venida de Cristo.

Puesto que Cristo nos ha hecho hijos, no debemos desear regresar a la posición inmadura de la servidumbre bajo la esclavitud de la Ley. La herencia más preciosa viene por medio de Cristo y no por nuestra relación con Abraham. Es totalmente insensato volver a estar bajo la Ley de ceremonias y trabajos para heredar por medio de la ascendencia natural. ¡Las mejores riquezas están en Cristo!

Una gran preocupación de Pablo es que los gálatas regresen a las formas vacías. Si buscan justificación por esa vía, serán separados de Cristo y la labor de Pablo a favor de ellos habrá sido en vano. En Gálatas 4:12-20, Pablo pasa de una aplicación lógica de las Escrituras a un tierno llamado personal. Trae a la memoria su propia historia y les recuerda de los días en que estuvo entre ellos y les mostró su profundo amor. Ahora, después de ese cuidado amoroso del pasado, ¿por qué se alejan de él? El que les diga la verdad ¿lo convierte en su enemigo? El hecho es—afirma él—que los falsos maestros actúan como si estuvieran sirviéndolos, cuando en realidad lo que desean es que se sujeten a ellos y a sus enseñanzas. Tener celo es bueno, pero éste debe dirigirse hacia la verdad y no hacia el error. Deben tener celo de la verdad también ahora, así como cuando él estuvo entre ellos al principio. Pablo no resiente el afecto que hay entre los gálatas y los falsos maestros; sólo afirma que ese afecto no es genuino pues la meta es inducir a los creyentes al error.

Los judaizantes acusaron a Pablo de no ser consecuente en la enseñanza de la circuncisión, porque impidió que Tito se circuncidara, pero permitió que Timoteo sí lo hiciera en otro momento. Sin embargo, Timoteo fue circuncidado para evitar un conflicto innecesario con los judíos no cristianos, y ese acto no estuvo relacionado con el principio de la justificación por la fe.

Uno de los principales énfasis de Gálatas es la libertad. El estudio de Lutero sobre esta epístola fue uno de los principales aspectos que provocaron la gran Reforma Protestante. La situación en Galacia era similar a la que enfrentó Lutero en Alemania. Pablo declara que Cristo ha llamado a libertad a los gálatas. Deben tener cuidado de no perder su libertad sometiéndose a los judaizantes, y que por ello sean cortados de Cristo. En Jesucristo las ceremonias externas no sirven de nada, “pero la fe obra por el amor”. “Vosotros corríais bien. ¿Quién os estorbó para no obedecer la verdad? (vs. 5:4-7)

Debemos entender los términos que usa Pablo cuando habla de la “carne”, el “deseo” y el “pecado”. La “carne” no refiere al cuerpo, aunque en otras partes de la Escritura sí lo hace. La carne refiere a la condición caída y mala del hombre, toda su naturaleza humana es pecadora. El “deseo” significa cualquier tipo de deseo. Por eso “el deseo del Espíritu es contra la carne”. Esto significa que los deseos del Espíritu son contrarios a los de la carne. El “pecado” es la perversión de nuestros deseos por causa de nuestra herencia de Adán, de manera que nuestra inclinación es alejarnos de Dios y buscar una gratificación estrictamente egoísta. El pecado es la perversión de los deseos, y la carne es la naturaleza humana bajo la influencia de esos deseos pervertidos. Pablo afirma que no podemos tener vida si no controlamos ambas influencias. Prevalcerá una o la otra. Si caminamos en el Espíritu, los deseos de la carne no tendrán el control. Pablo declara que, si somos guiados por el Espíritu, no estaremos bajo la Ley. Esto no significa que debamos ignorar la justicia de la ley, sino que la Ley no nos condena. No estamos bajo su disciplina, sino bajo una disciplina superior.

En Gálatas 5:19-21 hay algunos ejemplos de lo que hará la carne si no está bajo el dominio del Espíritu. Son de cuatro clases: (1) pasiones sensuales—fornicación, suciedad, lascivia (indulgencia descontrolada de la pasión sin considerar la decencia pública o privada); (2) perversión ilegal de la religión—idolatría, hechicería (el significado original es el uso de drogas en un esfuerzo por lograr mayor introspección y entrada al mundo de

los espíritus); (3) violaciones al amor fraternal— enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, divisiones, envidias; y (4) excesos descontrolados— borracheras, rebeldías (rebeliones abiertas). Una persona que participa en estas cosas no heredará el reino de Dios.

En el pasaje de Gálatas 5:22-23 el fruto del Espíritu contrasta vívidamente con las obras de la carne. El fruto se divide en tres grupos de tres frutos cada uno: (1) la relación con Dios por medio del Espíritu—amor (amor divino, que es la fuente del resto del fruto), gozo que viene de Dios y no el mundo, y paz; (2) la relación con nuestros congéneres— paciencia, benignidad, bondad; y (3) la relación con nuestro propio carácter cristiano—fe, mansedumbre y dominio propio. Cuando hablamos del fruto del Espíritu y de los resultados que produce en nuestra vida, notamos que hay algo en esta lista por lo que somos responsables, el control de nosotros mismos. Esto es esencial en la vida cristiana; si bien el Espíritu trabaja en nosotros, nosotros también debemos trabajar con Él. La naturaleza pecadora ha sido crucificada en la cruz de Cristo, pero el yo debe mantenerse controlado. Las perversiones pecaminosas, tales como el odio, los celos, etc., no tienen por qué expresarse del todo y son eliminadas cuando se muere al pecado. Otros deseos como los deseos sexuales, los deseos de dominar, los deseos de poseer, deben mantenerse constantemente bajo control. El pecado se elimina, pero el yo permanece, y éste debe mantenerse sobre la cruz.

Vivir la vida del Espíritu significa poner en práctica la disciplina diaria de caminar en el Espíritu. Paso a paso negamos al yo, afirmamos una victoria total sobre el pecado y seguimos la guía del Espíritu. Jamás debemos olvidar que una vida santificada no implica automáticamente que tengamos victoria sin esfuerzo o que la logremos una única vez para siempre. La victoria se ejerce y afirma día a día y paso a paso. Específicamente, debemos afirmar la victoria en las actitudes interiores, así como en las acciones exteriores. Pablo da tres ejemplos de actitudes y acciones: (1) el deseo de la vanagloria, cuando crucificamos la carne con sus emociones y deseos, estos deseos se limpian y somos libres de ellos; (2) el provocarse unos a otros, cuando los deseos se limpian, las acciones también

son puras; y (3) el envidiar a otros. aplicamos el amor y la buena voluntad en lugar de dar lugar a la envidia. Al final del capítulo 5 aparece un contraste entre “las obras de la carne” y “el fruto del Espíritu”. Es difícil ver cómo alguien que lea estas listas pueda no desear ser lleno del Espíritu y llevar una vida llena del Espíritu.

Normalmente, Pablo cerraba sus cartas firmando su nombre, pero en esta epístola toma la pluma y escribe un último párrafo en letras mayúsculas. Quizás lo hizo para resaltar la importancia de las palabras o porque estaba tan enfermo que no podía escribir mejor. Cualquiera sea el caso, la intención era que debían entender que su epístola era genuina y que sus enseñanzas eran importantes. Concluyó dando una bendición por medio de Cristo, usando las palabras más finas y poderosas que conocía: “Hermanos, la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amén.”